

POPULISMO

Si uno desea aportar algo a la polémica que se instala sobre el concepto, sobre la definición de “populismo”, me parece que lo primero que debe hacerse, es saber antes, quien definió al populismo como tal y desde donde lo definió. Porque está visto y comprobado, también en las ciencias sociales que lo que para unos es una cosa, para otros es otra.

Ya nos ha pasado en la Argentina con el término “nacionalismo”. Este concepto, enunciado desde los países más poderosos; desde los centros intelectuales de Europa y las academias universitarias de Estados Unidos, está fuertemente ligado al nazismo, al fascismo y al totalitarismo que asoló a Europa a mediados del siglo pasado. Y lo que se hace es transportar mecánicamente su definición para explicar fenómenos irrepetibles y únicos que se dieron en un contexto muy particular de América latina, donde “nacionalismo” debe entenderse como algo estrechamente adherido, atado, encadenado, unido, a tres categorías esenciales en busca de una identidad propia. Me explico: En nuestra tierra cuando se habla de pueblo se habla de patria como sinónimo, porque son la misma esencia: sin pueblo no hay patria y sin patria no hay nación. En nuestros pueblos latinoamericanos, entonces, a diferencia repito, de lo sucedido en los países centrales, el nacionalismo y la patria fueron (son) siempre, los últimos bastiones del pueblo –inexpugnables hasta ahora- contra la entrega y la dominación imperialista. La patria y la nación a través del pueblo, resistieron toda tentativa de dependencia y explotación en nuestra historia y si bien no vencieron definitivamente, tampoco dejaron –con su lucha desigual y titánica- que se instalara un proyecto oligárquico definitivo y terminal.

Aclarado esto, me introduzco de lleno con el populismo. La primera vez que leí ese término fue en una nota, -allá por los ‘60- que le hicieron a un pensador trotskista que definió al peronismo como “un populismo con suerte”. Y luego llegó a mis manos un librito editado por “Plus Ultra” donde bajo el título de “El populismo en la Argentina” diferentes intelectuales como Bayer, Sebrel y Weinberg entre otros, explicaban que entendían sobre el mismo. Allí campeaba la idea, con matices diversos claro, de que lo nacional (y lo internacional en algún caso) era “gravemente lesionado o interferido por el populismo, cuyas banderas aparentemente nacionalistas y liberadoras ocultan un proceso regresivo tendiente a hacer de la cultura nacional una cultura cada vez más dependiente de los países centrales, contrariamente a lo que vocean los personeros del populismo”. Advertiré el lector de esta nota que nuevamente en esta definición, aparecen muchos de los términos políticos antes analizados. Resta saber quien los usa y desde que lugar (y con que fines). Dirá Osvaldo Bayer en su escrito: “Es el yrigoyenismo -al que define como ejemplo muy refinado y curioso de populismo- el que mata por mucho más de medio siglo a los partidos ideológicos en la Argentina. No es como se dice, que los partidos ideológicos –léase los de la izquierda internacionalista, aclaro yo- no supieron llegar a las masas, sino que el yrigoyenismo llegó con las armas fáciles y entradoras del populismo. Les robó el público, les plagió sagazmente las leyes sociales y comenzó a hablar con los mismos términos, aunque el contenido siempre fuera el vacío. Muerto el yrigoyenismo, al populismo del silencio le siguió el populismo del balcón. El postigo entreabierto fue reemplazado por la Plaza de Mayo. El populismo entró con toda fuerza a ser la filosofía del pueblo. Las ideologías, lo foráneo”. Según este autor entonces, Don Hipólito Yrigoyen y Juan Domingo Perón fueron las mayores expresiones de populismo en Argentina. Pero

resulta que ambos líderes populares no solo enfrentaron a las oligarquías cipayas y al imperialismo vernáculo sino que también con hechos concretos elevaron el nivel de vida del grueso de la población. Concretamente: salud, trabajo, vivienda y educación no le faltó a nadie durante el primer y segundo gobierno peronista, esto debe quedar claro como para poner las cosas en su justo término. ¡Epa! Entonces, ya el populismo, como antes el nacionalismo, no me caen tan mal que digamos. Y según una definición aparecida en la última “Enciclopedia Clarín”, por populismo en general y peronismo en particular se entiende aquel “sistema político que basó su programa en la justicia social y la búsqueda de un orden distinto al del capitalismo”. Esto cada vez me cae mejor, digo.

Los detractores del tandem populismo/peronismo suelen mostrar con razón las debilidades, las miserias, las involuciones de dicho aparato político, centradas en: “la intolerancia ideológica y el culto a la personalidad de sus jefes”. Y es cierto, el peronismo sufrió mucho con ambas falencias. Pero también debe recordarse que las mismas no fueron solo patrimonio del peronismo sino de todo el espectro político argentino. Cualquiera de las dictaduras militares que asolaron nuestra patria desde 1955 en adelante son un buen ejemplo de intolerancia ideológica, cuyo punto más alto fue sin lugar a dudas, el decreto 4161 de la autodenominada “Revolución Libertadora” que intentaba por decreto borrar al peronismo de la faz de la tierra. Y en cuanto al culto a la personalidad basta recordar como nos bombardeaban a diario desde el gobierno de turno y sus aparatos de publicidad y usinas ideológicas, con la “honestidad” de Lonardi, la “decencia” de Rojas y Aramburu, la “inteligencia” de Frondizi, la “humildad” de Illia, la “virilidad” de Onganía, la “rectitud” de Lanusse, la “disciplina espartana” de Videla y el “que venga el Principito” de Galtieri, en tanto el pueblo –convidado de piedra- sumaba muertos y mártires.

Como puede apreciarse hay mucho que decir sobre populismo. Y un análisis puntual y exhaustivo de este fenómeno, excede la intención mínima de este trabajo que trata tan solo de llamar la atención, reenfocar el problema y poner en duda lo que hasta el día de hoy se defenestró con el sambenito de “populismo”.

Lic. Roberto Baschetti
Biblioteca Nacional